

Rubén Darío, en ese templo inmenso
donde cantan los astros su armonía
para tu alma de niño, oro, mirra é incienso.

Sólo Dios es creador en su grandeza...
Te sueño entre los dioses de la eterna poesía,
porque creaste mundos de belleza.

ANTONIO ARISTOY.

¡HAY QUE SER JUSTO Y BUENO,
RUBÉN!

¡Pauvre Leian!, se dijo de Verlaine, y Rubén lo recordaba. ¡Pobre Rubén!, digo yo ahora. Porque este otro niño grande era también, como aquél, bueno, entrañadamente bueno. Débil, entrañadamente débil. No podía consigo mismo. Y paseó por ambos mundos su pavor ante el misterio y su insaciable sed de reposo para ir á morir junto á su cuna, él, el hombre de todos los países, cuya patria no era de este mundo.

Conocí y traté á Rubén; no lo bastante. Conservo de él una docena de cartas, en algunas de las cuales se ve al hom-

bre. Fué quien me llevó á *La Nación*, de Buenos Aires, en que colaboro hace años.

Quiero ahora aquí, como ofrenda al hombre, comentar una de esas cartas.

Con esta lengua que el Demonio nos ha dado á los hombres de letras, dije una vez delante de un compañero de pluma, que á Rubén se le veían las plumas—las de indio—debajo del sombrero; y el que me lo oyó, ni corto ni perezoso, esparció la especie, que llegó á oídos de Darío. Y éste, poco después, el 5 de Septiembre de 1907, me escribía desde París: "Mi querido amigo: Ante todo para una alusión. Es con una pluma que me quito debajo del sombrero con la que le escribo. Y lo primero que hago es quejarme de no haber recibido su último libro. Podrá haber diferencias mentales entre usted y yo, pero..." No copio lo que sigue, pues no quiero aparecer haciéndome el propio artículo ante la muerte, aún fresca y palpitante de

pena, del óptimo poeta y hombre mejor.

Seguía luego la carta así: "Mas yo quisiera también de su parte alguna palabra de benevolencia para mis esfuerzos de cultura." Tampoco debo copiar lo que sigue, y que á mí se refiere, hasta que dice: "Y en cuanto á lo que á mí respecta, una consagración de vida como la mía merece alguna estimación." ¿Alguna estimación? ¿Nada más que alguna estimación? ¡Noble Rubén! ¡Con qué dignidad, con qué nobleza se quejaba de una conducta que, en verdad, no debí haber para con él seguido!

La carta acababa así: "La independencia y la seriedad de su modo de ser le anuncian para la justicia. Sobrio y aislado en su felicidad familiar, debe comprender á los que no tienen tales ventajas. Usted es un espíritu director. Sus preocupaciones sobre los asuntos eternos y definitivos le obligan á la justicia y á la bondad. Sea, pues, justo y bueno. *Ex todo corde*, RUBÉN DARÍO."

Han pasado más de ocho años de esto; muchas veces esas palabras de noble y triste reproche del pobre Rubén me han sonado dentro del alma, y ahora parece que las oigo salir de su enterramiento, aún mollar. ¿Fuí con él justo y bueno? No me atrevo á decir que sí.

Quería alguna palabra de benevolencia para sus esfuerzos de cultura de parte de aquéllos con quienes se creía, por encima de diferencias mentales, hermanado en una obra común. Era justo y noble su deseo. Y yo, arando sólo mi campo, desdeñoso en el que creía mi espléndido aislamiento, meditando nuevos desdenes, seguí callándome antesu obra. ¿Fué esto justo y bueno? No me atrevo á decir que sí.

Él, por su parte, no se calló ante la mía. Ante mi obra poética, quiero decir. Cuando publiqué mi primer volumen de poesías, lo mejor, sin duda, lo más cordial que sobre ellas se dijo, fué lo que dijo Rubén en un artículo de *La Nación*,

bonaerense. No lo olvidaré nunca. Y las cartas que después me escribió fueron nobles, sinceras y dignas. Y es que aquel óptimo poeta era un hombre mejor.

Le acongojaban las eternas é íntimas inquietudes del espíritu, y ellas le inspiraron sus más profundos, sus más íntimos, sus mejores poemas. No esas guitarradas que se suele citar cuando de su poesía se habla, eso de "la princesa está triste; ¿qué tendrá la princesa?" ó lo del "ala aleve del leve abanico", que no pasan de leves cosquilleos á una frívola sensualidad acústica; versos de salón sin intensidad ninguna. Porque el pobre Darío tuvo la triste suerte de todos los que de verdad remueven y ahondan y renuevan, y es que de lo suyo adquiriera más pronta y extensa boga lo menos suyo y lo más flojo. Si me hubiera dejado guiar por lo que de él me recitaban los que decían admirarle más, no le hubiese leído nunca. ¡Fortuna grande que le conocí y descubrí al hombre, y éste

me llevó al poeta! Al indio—lo digo sin asomo de ironía, más bien con pleno acento de reverencia—, al indio que temblaba con todo su ser, como el follaje de un árbol azotado por el cierzo, ante el misterio. Pues para él era el mundo en que erró, peregrino de una felicidad imposible, un mundo misterioso.

“Sea, pues, justo y bueno.” Esto me decía Rubén cuando yo me embozaba arrogante en la capa de desdén de mi silencioso aislamiento, de mi aislado silencio. Y esas palabras me llegan desde su tumba reciente, ahora que veo llegar la otra soledad, la de la cosecha.

¡No, no fui justo ni bueno con Rubén; no lo fui! No lo he sido acaso con otros. Y él, Rubén, era justo y era bueno.

Era justo; capaz, muy capaz de comprender y de gustar las obras que más se apartaban del sentido y el tono de las suyas; capaz, muy capaz de apreciar los esfuerzos en pro de la cultura que iban

por caminos, los al parecer más opuestos á los suyos. Tenía una amplia universalidad, una profunda liberalidad de criterio. Era benévolo por grandeza de alma, como lo fué antaño Cervantes. ¿Sabía que él se afirmaba más afirmando á los otros? No; ni esta astucia de fino egoísmo había en su benevolencia. Era justo, esto es, comprensivo y tolerante, porque era bueno.

Aquel hombre, de cuyos vicios tanto se habló y tanto más se fantaseó, era bueno, fundamentalmente bueno, entrañadamente bueno. Y era humilde, cordialmente humilde. Con la grande humildad que, á las veces, se disfraza de soberbia. Se conocía, y ante Dios—¡y hay que saber lo que era Dios para aquella suprema flor espiritual de la indianidad!—hundía su corazón en el polvo de la tierra, en el polvo pisado por los pecadores. Se decía algunas veces pagano, pero yo os digo que no lo era.

No descansó nunca aquel su pobre

corazón sediento de amor. No de amar, sino de que se le amase.

“Alguna palabra de benevolencia para mis esfuerzos de cultura.” Aún me resuena esta queja y reproche y demanda. ¡Que no era pedirme una limosna, no, no!, sino era pedirme una justicia. “Sea, pues, justo y bueno.

Nadie como él nos tocó en ciertas fibras; nadie como él sutilizó nuestra comprensión poética. Su canto fué como el de la alondra; nos obligó á mirar á un cielo más ancho, por encima de las tapias del jardín patrio en que cantaban, en la enramada, los ruiseñores indígenas. Su canto nos fué un nuevo horizonte, pero no un horizonte para la vista, sino para el oído. Fué como si oyésemos voces misteriosas que venían de más allá de donde á nuestros ojos se juntan el cielo con la tierra, de lo perdido tras la última lontananza. Y yo, oyendo aquel canto, me callé. Y me callé porque tenía que cantar, es decir, que gritar acaso, mis

propias congojas, y gritarlas como bajo tierra, en soterraño. Y, para mejor ensayarme, me soterré donde no oyera á los demás.

¡Pobre Rubén! ¿Te llegarán tarde estas líneas de tu amigo que no quiere ser injusto ni malo? Nunca llegan tarde las palabras buenas. Dicen que la hora de la muerte es la de las alabanzas. Pero si éstas son sinceras y son justas, hasta vale la pena de morir, porque ante Dios y los hombres resuenen las alabanzas sinceras y justas. ¿Por qué, en vida tuya, amigo, me callé tanto? ¡Qué sé yol... ¡qué sé yol... Es decir, no quiero saberlo. No quiero penetrar en ciertos tristes rincones de nuestro espíritu. Pero tú, pobre Rubén, me estás diciendo desde tu reciente tumba: “Sea justo con los otros, con todos; sea bueno con los otros, con todos”. Pero...

De tal modo se tapa uno los oídos para no oír á los demás y que no le distraigan de sí mismo y le dejen así oír mejor la

voz de sus entrañas, que acaba por no oírse ni á sí mismo. Y no comprende uno que esa voz que cree de sus entrañas es la voz de los otros, de aquellos á quienes no quiere oír, que por sus entrañas le llega.

Sí, buen Rubén, óptimo poeta y mejor hombre: éste tu huraño y hermético amigo, que debe ser justo y debe ser bueno contigo y con los demás, te debía palabras, no de benevolencia, de admiración y de fervorosa alabanza, por tus esfuerzos de cultura. Y si Dios me da salud, tiempo y ánimo, he de decir de tu obra lo que—más vale no pensar en por qué—no dije cuando podías oírlo. ¿Lo oirás ahora? Quisiera creer que sí.

Hay que ser justo y bueno, Rubén.

MIGUEL DE UNAMUNO.

ELEGIA Á LA MUERTE DEL MAESTRO

Una siringa, y un tirso y un estro
cubren la tumba del alto maestro
padre Rubén, padre Rubén...

Y una elegía, que cruza los mares,
lleva la angustia que tantos lugares
lloran por él, lloran por él...

Dió en Nicaragua á la tierra tributo...
Numen y Apolo se visten de luto
por el cantor, por el cantor...

Marte detiene un instante el concierto,
y se descubre al pasar este muerto,
verbo de amor, verbo de amor...

Tierra le dan en su tierra nativa...
Pero su voz luminosa está viva
por siempre amén, por siempre amén...

Y en su inmortal armonía poética
se oye una voz, que murmura profética:
"Vive Rubén, vive Rubén"...

¡Padre Rubén, que me diste la vida!...
¡Padre Rubén, en tu voz elegida
vi la verdad, vi la verdad!...

Tú me enseñaste, en la red de tu verso,
á recoger todo el gran universo
en su unidad, en su unidad!...

Padre Rubén, que, sonoro y profundo,
todas las voces sonaste del mundo,
como organista de gran catedral...

Padre Rubén, en tu gran armonía
tuvo un tesoro de polifonía
la polifónica voz musical...

Padre Rubén, que cruzaste el Atlante,
y, cabalgando en un monstruo pujante,
diste en París con el triste Verlaine...

¡Padre Rubén, que en París, con el triste,
del ponzoñoso veneno bebiste!...
¡Padre Rubén, padre Rubén!...

Padre Rubén, que, como Edgar, tenías
llena la copa de melancolías
por olvidar, por olvidar...

No te sació de los Andes la altura,
ni la pelada manchega llanura,
ni el ancho mar, ni el ancho mar...

Porque en tu espíritu estaban más grandes
todos los mares y todos los Andes,
llenos de luz, llenos de luz....

Y fuiste, en yate ó vagón, pasajero,
embajador del amor y viajero
de la inquietud, de la inquietud...

Era tu musa concreta y ambigua...
Era elegante, moderna y antigua
y era genial, y era genial...

Fuiste con Píndaro, en Grecia, pagano...
Fusite con Dante, en Italia, cristiano,
y cortesano, en París, con Ronsard...

Tú, que á Verlaine, con tu ritmo vibrante,
como en el rito de un gran hierofante,
diste oración, diste oración;

deja que diga en tu muerte la mía,
ya que te doy con tan pobre armonía
mi corazón, mi corazón...

Yo, que te amé con amor sacrosanto,
quiero llorar y ofrecerte mi llanto
con mi laurel, con mi laurel...

¡Mirtos y rosas están en espera
de coronar esa gran calavera
donde los vermes hoy liban tu miell...

Traga la tierra al dragón y al cordero...
Traga al monarca como al pordiosero,
sin descansar, sin descansar...

Y este maldito apetito que crece,
padre Rubén, tu palabra enmudece
sin perdonar, sin perdonar...

Suene la flauta, y el sistro y el estro,
para cantar por el alto maestro,
que la siringa sonó y el rabel...

¡Mieles nos dió su armonía y su prosa,
y cada rosa que brote en su fosa
para la abeja será nueva miell...

Padre Rubén, á quien yo reverencio:
Dios te acompañe en tu eterno silencio;
á descansar, á descansar...

¡Pero tu espíritu no halla reposo,
y eternamente se mueve armonioso,
como la mar, como la mar!

LUIS FERNÁNDEZ ARDAVÍN,

EL ÍNTIMO

Tenía yo diez y ocho ó diez y nueve años cuando conocí á Rubén Darío. En aquella época empezó también mi amistad con otros dos grandes artistas, mimados hoy por la fortuna y desdeñados entonces: Jacinto Benavente y Ramón del Valle Inclán.

Antes de ser presentado al insigne poeta conocía ya algunas de sus principales composiciones: las primordiales de sus maravillosas *Prosas profanas*. En las fantásticas revistas de Paco Villaespesa se dieron al público, á un público que podría contarse con los dedos de una sola mano.

Rubén Darío tuvo por mí desde el primer momento un cariño fraternal. La diferencia de edad entre nosotros parecía quedar compensada, para hacer firme la amistad, por una mutua comprensión... pero siendo yo, naturalmente, el admirador y él el admirado.

Era yo entonces casi un niño; pero Rubén fué un niño toda su vida, y como niño, dotado de un maravilloso instinto para advertir quién era su amigo leal, quién buscaba su compañía sin ánimo de medro, quién sabía admirarle sinceramente en todo cuanto valía, y hasta censurarle en ocasiones por alguna de sus obras ó por alguno de sus actos.

La vida cosmopolita, agitada, turbulenta, de continua peregrinación, no sirvió para crearle una experiencia práctica. Fué Rubén explotado de muchos, víctima de bastantes y hasta juguete de algunos, que quisieron divertirse con él como Sansón Carrasco con Don Quijote.

Pero siempre estuvo por encima de

todas estas miserias. Al sentirse burlado ó explotado supo oponer siempre con orgullo santo el gesto despectivo de quien tiene confianza en sí mismo y está seguro de su propio valer.

—Ladran; señal de que cabalgamos.

Esta era su contestación cada vez que se enteraba de una befa ó de una injuria.

Recuerdo á muchos de aquellos perros ladradores. Unos han muerto en el más completo olvido. La mayor parte se han obscurecido. Algunos intentaban todavía, aunque débilmente, lanzar su estridente é inútil ladrido á la Luna.

Durante los cuarenta y nueve años que duró su vida, recorrió Darío casi toda América y parte de Europa. Audaz, cosmopolita, como se llamó á sí mismo, peregrinaba incansable y siempre contra su voluntad.

—Yo estoy enfermo, muy enfermo—decía constantemente—, y es la bohemía, la "inquerida" bohemia. ¡Ah! Cuan- do pueda establecerme definitivamente

en España... pasar largas temporadas en mi Madrid, la ciudad de confianza, con mis amigos madrileños, que son los mejores del mundo.

Porque Rubén era español de corazón. Amaba á España con toda su alma; su entusiasmo de poeta, sus amores de hombre, sus ilusiones de vida plácida, todo lo quería para esta tierra y para los hombres de esta tierra, que fueron los que más sinceramente le han admirado y comprendido.

—Pero, ¿y París, Darío?—se le objetaba cuando con mayor hipérbole cantaba las excelencias españolas—. ¿Y París? Á la "ville lumière" debéis vuestras mejores poesías.

—No lo niego, no. París me gusta, me encanta. En París he gozado la vida intensamente. Pero París es la querida; la mujer propia está en España.

Y el amor de Darío á la patria española era tan intenso y tan noble, que protestaba airado contra los propios espa-

ñoses que—¡oh, eterno vicio nacional!— lo encuentran todo malo en su propia casa, sin haber salido nunca de ella, y que creen es cosa de la más refinada elegancia sacar á la vergüenza los propios defectos.

Muchos fueron los amigos que en Madrid tuvo Rubén Darío. Entre ellos, y de los más íntimos, el maestro Cavia, Benavente (que hace quince años impuso á la Empresa de *Madrid Cómico* la publicación de "Sinfonía en gris menor" y otras poesías), Alejandro Sawa, Manuel y Antonio Machado, Juan R. Jiménez, Pedro González Blanco, Ricardo Calvo... Todos ellos le han querido como á un hermano y hasta en ocasiones le han mimado como á un niño. Amaron y admiraron su arte—ese arte maravilloso que introdujo modificaciones en la métrica castellana y que unas veces fué castizo, otras revolucionario y siempre inquieto, y diferente, y propio, como su vida—y quisieron al hombre, al hombre bueno, honrado,

leal, como lo es todo grande artista... aunque él mismo muchas veces pretendía—inútilmente—convencernos de lo contrario.

Los amigos de Rubén Darío sabíamos desde hace algún tiempo que su salud era muy delicada. De vez en cuando teníamos alguna noticia de él, siempre pesimista.

—He sabido de Rubén—me dijo hace cuatro meses Manuel Machado—. Está en Nueva York, muy malo. Creo que no volveremos á verle.

—¿Sabe usted, Fabra, lo de Darío?—me preguntó hará unos veinte días Valle Inclán—. Lo han llevado á Managua; se halla muy enfermo. Se desconfía en salvarle.

Yo callaba. Poco á poco nos íbamos acostumbrando á la idea. ELLA—como siempre llamó Rubén á la Muerte—se le acercaba. No íbamos á volverle á ver más. No leeríamos tampoco ninguna nueva poesía suya.

Y cuando yo repetía á otros amigos las tristes noticias comunicadas por Valle Inclán y Machado, ellos callaban también, con la elocuencia del silencio ante lo irremediable.

NILO FABRA.

HOMENAJE

Ha muerto Rubén Darío:
¡el de las piedras preciosas!

Hermano, ¡cuántas noches tu espíritu y el mío,
unidos para el vuelo cual dos alas ansiosas,
sondar quisieron ávidos el Enigma sombrío,
más allá de los astros y de las nebulosas!

Ha muerto Rubén Darío:
¡el de las piedras preciosas!